

añadió una pieza más a su canana y un nuevo “camino en su predio” en palabras del propio Cela. No debió quedar tan insatisfecho de su aventura y desventura por tierras de Cuenca, cuando ya nunca nos perdió de vista. Nuestra ciudad quedó prendida sobre su esclavina de romero como una vieira santiaguista, una vez que asistió al conclave de aquellos “iniciados” que, en la “logia” de Gravina, 13, escucharon la invitación de Federico Muelas. Y, sin más viático que el patronazgo del poeta, el caballero que retrata “alto como una espingarda, siempre mirando para las nubes y para el viento”, salió aventado a recorrer las tierras de la Grillera y de la Cruz del Bordallo hasta las fronteras de la Alcarria conquense que en Belinchón halla su término. En realidad allí abreva sus notas esperpénticas y sus raptos líricos, sus apuntes carpetovetónicos y el aura mágica que suelta al paso al relente del paisaje. Y entre saludadores y zahoríes, herbolarios y mancebos de boticas compone un retablo beato donde habitan no se sabe bien si tontos de pueblo o santos de alcoba...

Camilo J. Cela desde entonces como digo, ya no nos soltó. A aquel viaje en busca de un hidalgo pícaro sucedieron otros más lucidos, con invitación oficial, incluso en los años cincuenta para que escribiera uno de los artículos más fabulosos jamás suscitados por la ciudad, titulado “Cuenca, la de la piedra gentil”, publicado en “Arriba”, o dedicara a la Virgen de la Luz, en los trances de su coronación canónica, unas lozanas flores de romería, trasladadas con leves variantes de su cancionero de la Alcarria. Y más y más... Incluso en los tiempos de la democracia acudió a Belmonte y, cuando ya el premio Nobel había prendido de lauros y coronas suecas su frente, giró una visita para reconocer su nombre en una de las rondas sobre la hoz del Júcar...

Como quien no quiere la cosa había desparrramado algunas flores de su ingenio por sus libros hablando de Zaida en “Primer viaje andaluz” o efigiando alguno de nuestros “inocentes” o de nuestros paletos como don Odo de Cabrejas en “Historias de España”, o soltando hilo a su cometa jocunda con la transcripción de alguno de los sonetos eróticos de fray Trece de Minglanilla, un poeta conquense, bachiller por Alcalá y alférez de Indias

que, hastiado del mundo y de sus vanidades entró en religión a los noventa años. Genio y figura, en el “Nuevo viaje a la Alcarria” aún tuvo tiempo de reconocer alguna moza rolliza de sus anteriores correrías, en los “grafiti” que cantan las aventuras de Fermín Martínez y de Isolina Pérez.

No andamos tan sobrados en nuestra vaga provincia para pasar de largo ante un acontecimiento tan sabroso como el de evocar las andanzas celianas de hace cincuenta años, hechas con la espontaneidad de un joven escritor a la pata llana. Y algo faltará a la hora de revisar su literatura andante si escamoteamos por pruritos estilísticos o estructurales esta prosa a las veces destensada y enteriza, que posee entre otras virtudes la de haber sido recogida en su temblor humano y su restallante lirismo en las mismas hiazas de la vida. Enfatismos y arrogancias de escritor novel aparte. Cualquiera es libre, en homenaje al ilustre escritor, de hacer la ruta del Lazarillo, en unos días a pie. Y contárnosla.

No sería mal homenaje ni mala experiencia. Porque Cela demostró que nunca fuimos una reserva “sioux” ni una olvidada provincia puesta en los carteles de ciegos. Y si hubiera hecho falta, siempre habría roto una lanza por nosotros. Y en esa consideración su nombre está escrito indeleblemente junto al de Unamuno o G. Ruano, Alejo Carpentier o Torrente, Pedro de Lorenzo o Julián Marías, que avistaron estas torres celtibéricas y dejaron de vigilia una parte de su espíritu...

Florencio Martínez Ruiz